

# KARL MARX, JOHN STUART MILL Y EL “PODER ESCLAVISTA”<sup>1</sup>

Ricardo Cueva Fernández<sup>2</sup>

*Universidad Autónoma de Madrid*

## ABSTRACT

Karl Marx and John Stuart Mill supported Abraham Lincoln against what they called the “Slave Power”. Both thinkers fought for the abolition of slavery, and backed the Union in the American Civil War (1861-1865). Marx spread out his opinions on the war and the future social and political changes in several newspapers, while Mill was active trying to persuade the English public realm to prevent England from joining the South. Both shared an historical vision of the future in which human progress was attached to the United States. However, the aims of both thinkers differed in other grounds. Mill was interested in the moral regeneration of American society whereas Marx focused in instilling the revolutionary desire for emancipation among the working classes, starting in the United States.

**Keywords:** civil war, America, slave power, Karl Marx, John Stuart Mill.

## RESUMEN

Karl Marx y John Stuart Mill coincidieron en apoyar a Abraham Lincoln contra lo que denominaron “Poder esclavista”. Ambos defendieron la abolición de la esclavitud y respaldaron a la Unión en la Guerra Civil Americana (1861-65). Marx difundió sus opiniones sobre la guerra y futuros cambios sociales y políticos en varios periódicos, mientras que Mill estuvo muy activo intentando persuadir a la opinión pública inglesa de que el Reino Unido no debía apoyar al Sur. Ambos pensadores compartieron una visión

1 [Recepción: 24 de marzo de 2015. Aceptación: 22 de mayo de 2015.]

2 Este texto se enmarca dentro del proyecto DER2012-36142, “Identidades y ciudadanías. Fundamentos Político-jurídicos de la diversidad”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

histórica en la cual el futuro de la Humanidad se hallaba fuertemente vinculado al de los Estados Unidos. Y sin embargo, el objetivo de ambos difirió en otros aspectos. Mill estuvo así más interesado en la regeneración moral de la sociedad americana, mientras que Marx intentó promover la voluntad revolucionaria de emancipación entre las clases trabajadoras.

**Palabras clave:** guerra civil, América, poder esclavista, Karl Marx, John Stuart Mill.

## INTRODUCCIÓN.

El siglo XIX fue una época de graves convulsiones sociales y políticas, así como de incremento de la industrialización y afianzamiento de los imperios, auge de los nacionalismos y emergencia de innumerables rebeliones. El siglo XVIII había dejado sin resolver numerosos problemas que planteaba la Ilustración, y su "senda del progreso" se hallaba obstaculizada demasiado a menudo. Una de esas barreras, la esclavitud, subsistía precisamente en un país que sin embargo siempre había sido admirado por muchos europeos deseosos de transformaciones, los Estados Unidos de América. No resulta raro que dos de los más famosos intelectuales del XIX, Karl Marx y John Stuart Mill, decidieran entrar activamente en la disputa sobre su abolición. Stuart Mill escribió varios textos y cartas en torno a la Guerra de Secesión, siendo los primeros *The Contest in America* (publicado en febrero de 1862) y *The Slave Power* (en octubre del mismo año). Karl Marx, por su parte, en aquella época fue corresponsal en Londres del *New York-Daily Tribune*, un periódico estadounidense muy popular, para el cual trabajó de 1852 a 1862 (Padover 1972, xv-xix) y al mismo tiempo del *Die Presse* vienés, el diario más importante de Austria, entre 1861 y 1862 (ibídem, xx). Para el primero escribió crónicas sobre el estado de la opinión pública y la postura de Westminster ante la Guerra de Secesión americana, y para el segundo acerca del propio conflicto bélico y sus vicisitudes políticas.

Pese a este interés común, no parece nada claro que ambos autores se hubieran conocido personalmente en algún momento de sus vidas. Aunque Stuart Mill era un pensador famoso en Europa y América cuando la Guerra de Secesión americana estalló, Karl Marx, y aun llegando a conseguir cierta celebridad, todavía no había

llegado a la etapa de madurez que luego le encumbraría como uno de los autores y activistas más conocidos del socialismo mundial. Por su parte, Mill nunca mencionó a Marx, ni tampoco a Friedrich Engels, en uno solo de sus escritos. Sus alusiones al comunismo y sus peligros, o su visión crítica del movimiento socialista en general, no supusieron sin embargo que considerara en serio la obra del alemán, o por lo menos no al nivel de un Saint Simon o un Fourier.

Karl Marx, sin embargo, sí que conocía bien al menos la obra económica de Stuart Mill, según se desprende de sus apuntes en los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*<sup>3</sup> o de su crítica en *El Capital* (Shoul 1965, 271). De hecho para él sus textos sobre la materia presentaban una especie de sincretismo superficial apegado a la economía burguesa y repleto de contradicciones (ibídem, 294). Esta distancia (Padover 1972, 48) y el juicio tradicional que les sitúa en escuelas diferentes, la una procedente del pensamiento liberal y la otra del socialista, parecería enfrentar siempre y en todo punto a autores tan dispares, pero existe un episodio que señala importantes concomitancias entre ellos, y es el de su común apoyo a la Unión durante la Guerra Civil americana y en contra de los esclavistas Estados del Sur. Ambos defendieron al presidente Abraham Lincoln y su partido de forma pública y también la derrota definitiva de la Confederación, manteniendo canales de información con visitantes y emigrados pese a no haber pisado nunca ninguno de los dos el suelo americano. De hecho, algunas de las escasas pistas que nos conducen a conjeturar sobre una hipotética coincidencia entre ambos es la del mitin del 26 de marzo de 1863 celebrado por los sindicatos londinenses en el St. James Hall, con motivo del apoyo de los trabajadores a la causa de la Unión (Anderson 2010, 106). Conviene, pues, indagar sobre por qué estos dos hombres que nunca pisaron los Estados Unidos y que habían fijado su lugar de residencia en Londres, conocedores de las principales corrientes del pensamiento social, político y económico de su época y comprometidos con su tiempo, coincidieron en valorar como importantísimo el resultado de un conflicto bélico cuyo discurrir era aparentemente tan lejano.

## I. LOS ESTADOS UNIDOS ANTES DE LA GUERRA CIVIL AMERICANA: LA

3 Publicados entre 1939 y 1941 en Moscú, y hasta entonces inéditos. Conocidos como *Grundrisse*.

## TENSION SECCIONAL ALREDEDOR DE LA ESCLAVITUD.

## I.1. LA ESCLAVITUD Y EL "ARREGLO" DE 1787.

Como es bien sabido, la esclavitud ha sido un sistema de explotación económica, jerarquización social y dominio muy típico de las sociedades humanas desde tiempos remotos. Sus justificaciones fueron muchas y su puesta en cuestión de manera universal sólo obtuvo carta de naturaleza con autores ilustrados como Rousseau o Condorcet (Davis 1972, 489 y 97). Los llamados Padres Fundadores sostuvieron posturas encontradas, ambivalencias y ambigüedades sometidas a cálculo prudencial. Es de todos sabido que varios de ellos poseían esclavos, como era el caso de Madison, de Jefferson o Washington, y que otros en cambio formaban parte de sociedades emancipatorias, como ocurría con Alexander Hamilton o Benjamin Franklin (Davis 1972, 172). Pero incluso los primeros, como bien demuestra algún pasaje de Thomas Jefferson ("tiemblo por mi país cuando pienso que Dios es justo y que su justicia no puede permanecer dormida siempre", cit. por Davis 1972, 284), intuían una inmensa contradicción en su postura. De alguna forma, el universalismo de documentos como la Declaración de la Independencia chocaba con la justificación de una institución que parecía a la vez obsoleta y maligna, opuesta a la ley divina y a la natural. Y esta percepción se movía, precisamente, entre dos aguas: la nocividad de la esclavitud quedaría desvelada cuando al fin fuera advertida como inútil para el progreso humano, algo que los Fundadores creyeron que sucedería pronto (Davis 1972, 283). En un principio, de hecho, la esclavitud fue utilizada por los colonos de manera muy modesta, aún rodeada de incertidumbre, y con un sistema de explotación de los recursos del continente basado en gran parte en *indentured servants* europeos (Foner 1995, xi).

Esta perspectiva, sin embargo, se desvaneció cuando las plantaciones empezaron a aumentar en los Estados del Sur y sus propietarios fueron favorecidos por un crecimiento económico cada vez más amplio. La invención de la hiladora de algodón en 1793 sirvió para instalar el cultivo de esta planta y la esclavitud como elementos económicos del Sur y su frontera oeste (Kincaid 2003, 78). De esa forma, la *free labor ideology*, avanzada por hombres como Adam Smith en su *Riqueza de las Naciones*, se encontró así con unos hechos tozudos e imposibles de ignorar. Recordemos lo que el escocés ilustrado y

progenitor de la moderna economía política dijo en uno de sus pasajes sobre la esclavitud: "la experiencia de todos los siglos y naciones demuestra" que "una obra hecha por esclavos es más cara que otra alguna", porque "un hombre que no es capaz de adquirir propiedad o dominio, no puede tener otro interés que comer lo más que pueda y trabajar lo menos que le sea posible" (Smith 1776, II-124). Este argumento de la utilidad fue empleado habitualmente, de hecho, por los primeros abolicionistas británicos (Davis 1972, 352 y 353, 356). Así que junto con otras consideraciones, por ejemplo las religiosas, que se oponían al mantenimiento de la esclavitud, se mantuvo vigente la idea de que iba contra el progreso, y por tanto que debía perecer, al margen de que esto último ocurriera con las adecuadas indemnizaciones y el correspondiente período de transición, algo que el propio gobierno de Su Majestad prevería en 1833. Tras este instante histórico, el Reino Unido quedó así apuntalado como baluarte principal contra la esclavitud en todo el orbe conocido: sus presiones y condiciones a otras potencias europeas derrotadas u obligadas a llegar a acuerdos con las Islas supusieron un impulso importante para la abolición. Es más, se convirtió en una especie de bandera patriótica que los británicos utilizaron a menudo para defender su superioridad moral.

En cualquier caso, tras la independencia de los colonos norteamericanos, la controversia sobre el esclavismo persiguió a los Padres Fundadores y pareció poner en peligro el acuerdo entre los diferentes territorios que ahora en vez de colonias se entendía que eran ya "Estados". La regla de los tres quintos fue el arreglo que pudo frenar momentáneamente la caída libre hacia la disgregación: en la Cámara de Representantes sus miembros "y la cuantía de los impuestos directos" se prorratarían entre los distintos Estados que formaran parte de la Unión, "de acuerdo con su población respectiva", la cual se determinaría "sumando al número total de personas libres (...), *las tres quintas partes de todas las personas restantes*"<sup>4</sup> (art. I, secc. 2 de la Constitución federal de 1787, en Esteban 1977, 423 y 424). Con esta norma se otorgaba así un peso mayor a los Estados con mayor número de esclavos, permitiéndoles una distribución de representantes favorecedora. Pero es que además el art. I, Secc. 2 del mismo documento señalaba que "las personas obligadas a servir

4 Los subrayados serán siempre propios, de aquí en adelante, excepto cuando se indique lo contrario.

o trabajar en un Estado, con arreglo a las leyes de éste, que escapen a otros, no quedarán liberadas de dichos servicios o trabajo a consecuencia de cualesquiera leyes o reglamentos del segundo, sino que serán entregadas al reclamarlo la parte interesada a quien se deba tal servicio o trabajo". Esta era la llamada "cláusula antifugitivos", que pretendía así proteger la propiedad de esclavos en todo el país, y que venía complementada por la "cláusula antirrebelión", útil para reprimir cualquier revuelta de aquéllos o en su favor: "los Estados Unidos garantizarán a todo Estado comprendido en esta Unión una forma republicana de gobierno y protegerán a cada uno en contra de invasiones, *así como contra los disturbios internos*, cuando lo soliciten la legislatura o el ejecutivo" (Secc. 4 del mismo art. IV, *ibídem*, 432). Solo la Ordenanza del Noroeste, también de 1787, con su clara prohibición de exportar la institución al Norte del río Ohio (Commager y Leuchtenburg 1987, 148), conformaría un contrapeso para aquellas medidas constitucionales que respaldaban el esclavismo.

## I.2. LA TENSION SECCIONAL ALREDEDOR DE LA ESCLAVITUD.

Sin embargo, ni siquiera la citada Ordenanza cerraba la incógnita sobre lo que ocurriría con la esclavitud en otros ámbitos de expansión distintos a los territorios señalados, pues implicaba de manera tácita que no existiría oposición para su extensión al sur del río Ohio (Davis 1972, 155). Por tal motivo, los estados del Norte rechazaron paulatinamente colaborar con la cláusula constitucional anti-fugitivos (Kincaid 2003, 78). En 1820 fue firmado el Compromiso de Missouri, después de una situación en la cual el país se hallaba a las puertas de la Guerra Civil. En este preciso año el Congreso adoptó una enmienda de que no habría restricción a la esclavitud en este Estado, pero que la institución quedaría prohibida en el desorganizado Territorio de Louisiana al norte de la latitud 36 30' " (Davis 1972, 35). Inmediatamente el debate sobre la abolición quiso zanjarse con la regla mordaza que prohibía la discusión sobre tal asunto en la Cámara de Representantes (Compton 2008, 232) y por último, una ley específica aprobada en 1850 exigió a todos los ciudadanos cooperar con los comisionados federales en la captura de esclavos fugitivos (Commager y Leuchtenburg 1987, 317 y 318; Davis 1972, 35). De hecho, "el Sur miró paulatinamente con mayor atención el Senado y a la admisión de nuevos estados esclavistas como su principal línea defensiva" (Davis 1972, 105).

Pero el peor episodio, y aquel que condujo al borde de la guerra civil a los Estados Unidos de América, fue uno acaecido a mediados de la centuria. El líder demócrata Stephen Douglas buscó mantener la Unión animando la expansión sudista en Cuba mientras resolvía la disputa interna en el país dejando a cada territorio determinar su posición ante la esclavitud por medio de la convención constitucional de la soberanía popular (Wilson 2002, 205). De este modo, Douglas logró que el Congreso aprobara la Ley Kansas-Nebraska en 1854. Esta norma eliminaba el Compromiso de Missouri de prohibir la esclavitud en los territorios nordistas (Commager y Leuchtenburg, 1987, 328). Numerosos políticos y ciudadanos protestaron contra tal medida, pero la situación empeoró aún más cuando propietarios de esclavos cayeron sobre Kansas tomando el control del legislativo e implementando una Constitución que admitía la esclavitud en este Estado (ibídem, 330). John Brown y sus seguidores abolicionistas pronto se hicieron célebres por utilizar medios violentos contra los esclavistas, y en general se desencadenó una ola de violencia que de alguna manera que presagiaría la futura Guerra Civil (ibídem, 338 y 339) y originaría una crisis irresoluble en el partido demócrata (Wilson 2002, 205 y 206), que hasta entonces había conseguido unificar políticamente el país. De otra parte, el mazazo definitivo para el delicado equilibrio constitucional estadounidense sería propinado por el caso Dredd Scott (1856), con el cual el Tribunal Supremo admitiría que el esclavo acompañaba como tal a su dueño allí donde éste fuese, y aunque fuera a residir en un Estado que prohibiera la esclavitud, puesto que no por ello dejaba de ser una "propiedad" (Davis 1972, 519).

Todos estos conflictos demostraban además que lo sucedido en los Estados Unidos había desmentido las apreciaciones optimistas e ilustradas de autores como Adam Smith, e incluso de los Padres Fundadores. Contra una opinión muy extendida antes entre aquellos ilustrados, resultaba que la esclavitud tenía una presencia todavía más fuerte que en el pasado colonial, próspera e íntimamente ligada como lo estaba al mercado internacional del momento (Beckert 2004, *passim*).

## II.- MARX Y MILL ANTES DE LA GUERRA CIVIL AMERICANA.

En este escenario que hemos descrito van a concurrir, pues, Karl Marx y John Stuart Mill, si bien por distintos vericuetos y peripecias intelectuales. Mill era un conocido continuador del utilitarismo, si bien, como todos sabemos, influido por cierto romanticismo pre-

sente en el siglo XIX europeo y que le hacía matizar aquél, enriqueciéndolo y dotándolo de una dimensión hasta entonces desconocida. Cuando estalla el conflicto estadounidense ya ha publicado algunas de sus obras más famosas, como el *Sistema de Lógica* (1843), los *Principios de Economía Política* (1848) y el *Sobre la Libertad* (1859) y era sumamente popular (Varouxakis 2013, 750).

Por su parte, Marx ya había conseguido una experiencia como revolucionario en diversos países europeos, incluso expulsado fuera de sus fronteras por su fama de agitador, y en 1861 había publicado la *Miseria de la Filosofía* (1847), *La lucha de Clases en Francia* (1850), *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852), y sobre todo, y en colaboración con Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista* en 1848. Ese año ve emerger las grandes revoluciones europeas que se extendieron por todo el continente y en las cuales la bandera del proletariado iba surgir con fuerza en medio de aquellos hechos. Marx, sin embargo, aún no era tan conocido como Stuart Mill y de hecho aún no había publicado *El Capital*, aunque sí varios ensayos que apuntaban a la creación de una nueva teoría económica con pocos precedentes en su aproximación a los fenómenos sociales.

## II.1. STUART MILL Y LA AMÉRICA DE TOCQUEVILLE

Pero volviendo la mirada a América y a Mill, cabe destacar que este otro hombre mostró muy pronto un interés especial por ella. Así, en *The Spirit of the Age* (1831<sup>5</sup>), vino a sostener que, mientras que Europa estaba haciendo frente a diversas incertidumbres, a causa de la caída de sus "viejas instituciones y doctrinas" (CW 22: 230), los Estados Unidos disponían de una mayor estabilidad, por hallarse cimentados sobre una opinión común a sus líderes y al público en general. Mientras que en Europa las fuentes de autoridad en la sociedad habían entrado en profunda crisis y esto no había derivado en cohesión alguna, en Estados Unidos se compartían ciertos valores de forma homogénea. Tal parece ser el efecto de su sistema democrático, que le permite al pueblo seleccionar a los candidatos con quienes luego se va a identificar mejor (254).

Norteamérica, pues, configura una "excepción" dentro de las naciones "civilizadas" (245), entendidas éstas al modo en que Stuart Mill aclararía precisamente en su *Civilization* (1836): aquellas que

5 Artículo para la publicación *The Examiner*.

se distinguieran de "salvajes y bárbaros" (CW 18: 119), por disponer de una amplia difusión de riqueza y conocimiento, vivir en territorios densamente poblados y fuera del nomadismo, estar dotados de órganos o cuerpos de gobierno que permitan la acción colectiva eficaz y, por último, disponer de medios para imponer la paz y evitar la violencia de los particulares (ibídem, 120-22). Todas estas características, asimismo, empujaban a decir a Mill que "civilizado" también se refería al incremento del progreso o la "mejora humanas" (ibídem, 119).

Pero aquí no se detuvo el interés del autor inglés por los Estados Unidos, puesto que a continuación siguió indagando sobre aquel país por medio de diversas obras, principalmente la *Democracia en América* de Tocqueville y otras comentadas también en *The State of Society in America* (1836). Este último escrito ya da buena cuenta de la que va a ser una de sus principales preocupaciones, impresionado como queda por la lectura de la novela de Gustave Beaumont, *Marie; ou l'Esclavage aux Etats Unis* y por el *Journal of a Residence and Tour in the United States of America*, de S. Abdy (ambos de 1835). El primer texto había salido de la pluma del famoso magistrado francés acompañante de Tocqueville en sus viajes por el continente americano (Feuer 1963, 58). Contaba la historia de una mujer con progenitor negro y que pese a no ofrecer rasgos que lo indicaran y tener alta educación, sufría la opresión correspondiente a todos los de ese color en América, o lo que Mill señala como "los efectos de ese amenazador prejuicio, tan lamentable que apenas sabemos cómo calificar su iniquidad" (CW 18: 95).

En cuanto al segundo libro, era un diario de viajes en el que su autor, un ilustrado radical, abordaba críticamente el trato que padecían en América los negros y los mestizos, tema que Mill veía tan doloroso y sin embargo "tan desconectado de cualquier otro rasgo de la sociedad americana" (ibídem, 96). Este último juicio venía a indicar que conservaba la estima por los Estados Unidos, a pesar de todo: "hay en nuestra época cuatro grandes naciones, Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos" y "cada una de ellas posee, ya sea en su condición social, en su carácter nacional o en ambos, algunos puntos de indiscutible superioridad sobre los demás" (ibídem, 94). De modo que América, país "donde existe suficiente protección para la propiedad y liberación de la tributación arbitraria, así como para acumular capital con rapidez, y donde la población no se incrementa tan deprisa, nadie que desee trabajar será pobre". Asimismo, "resulta reseñable cuántos de estos rasgos nacionales que se supone brotan específicamente de la

democracia, fluyen en realidad directamente de la condición superior de pueblo" (ibídem, 98), una población que tiene "altos salarios y alfabetización universal como los dos pilares de la democracia" y donde el único gobierno posible es el de la "opinión pública" (ibídem, 99).

Estas últimas consideraciones, sin duda, no procedían sólo de su lectura de las obras mencionadas explícitamente en *The State of Society*, sino de la *De la démocratie en Amérique*, de la cual ya había hecho un comentario a su primer volumen en 1835 y de la que realizaría otro sobre el segundo en 1840. En ellos Mill subrayaría que el sufragio universal provenía del hecho de que el país era todo él "clase media" (ibídem, 167) y que el peligro previsto por Tocqueville de que este grupo con el favor unánime de la opinión pública (ibídem, 196 y 198) era muy lejano. Así y aunque "el ascendiente de la clase comercial" resultaba "inevitable", era también cierto que "bajo las adecuadas limitaciones", no tendría "porqué ser un mal" (ibídem, 199).

Para Mill, pues, el aletargamiento moral de América provenía en realidad de otro rasgo de la sociedad estadounidense que vendría indicado de manera directa en su *The State of Society in America*. Allí citaría la afirmación del francés de que "en los Estados Unidos, la democracia impera con indisputado dominio: una igualdad de condición entre los seres humanos ha alcanzado lo que parece su límite último" (CW 18: 55), pero al pie escribiría, de su propia cosecha, que esta aseveración debía ser contemplada con escepticismo, ya que, no sólo habría que considerar la exclusión de los pobres y siviendes o la restricción del voto en algunos Estados, sino también el supuesto de los esclavos, los mestizos y las mujeres: "en la democracia americana, la aristocracia de piel y la sexual mantienen sus privilegios" (idem). Algo chocaba pues, con los "principios abstractos" sobre los que estaba construida América, única nación que parecía fundamentarse sobre ellos en todo el orbe (CW 18: 196), pero que al mismo tiempo parecía darles la espalda.

El inglés, pues, fue algo menos tibio que Tocqueville en su condena de la esclavitud y de la exclusión de las mujeres. Es más, llegó a participar algo más tarde en una polémica de relevancia con Thomas Carlyle en 1850, al escribir *The Negro Question*, como respuesta a *Occasional Discourse on the Negro Question* (1849) del otro eminente escritor. En el texto Mill se hacía eco de la herencia abolicionista británica frente a la defensa de la esclavitud por "el sabio de Chelsea" y defendía que ninguna de sus justificaciones se sostenía, y menos aún considerando los principios del utilitarismo (CW 21: 90-91). Los

hombres no son "por nacimiento" unos más sabios que otros (ibídem, 92) ni se puede incurrir en "el vulgar error de imputar toda diferencia que se halla entre los seres humanos a una distinción de procedencia natural" (ibídem, 93).

Así pues, Mill aclara al final del artículo referido a Carlyle que

"en esta crisis de la esclavitud americana, cuando el conflicto decisivo entre lo correcto y lo inicuo parece que vaya a comenzar, su colaborador avanza y arroja proyectiles sobre el campo abolicionista, alimentado con el peso del que disfruta su propia reputación. Las palabras de los escritores ingleses célebres son palabras poderosas al otro lado del océano; y los propietarios de carne humana, que probablemente pensaron que no tenían un hombre honesto de su lado entre el Atlántico y el Vístula, darán la bienvenida a este nuevo auxilio" (ibídem, 95).

Toda esta reflexión, a su vez, parece bastante coherente con aquella otra que Mill vertiría en su *On Liberty*, y según la cual no resultaba aceptable siquiera un pacto para venderse como esclavo (*CW* 18: 299). La libertad le parece a Mill un bien inalienable, lo cual le condujo a elogiarla de forma más apasionada que sus antecesores utilitaristas, tomando posiciones asimismo respecto a la persistencia de la esclavitud en América. Para Mill, como para otros muchos, resultaba chocante que un país que parecía contener el germen del progreso humano y excepciones que parecían negar los pronósticos más pesimistas de sus analistas más conservadores, mantuviera sin embargo una institución que el Reino Unido, entre otras naciones, ya había abolido pese a sus residuos aristocráticos. La idea de igualdad entre los hombres había quedado absorbida como una fórmula vacía de contenido, no siendo realmente asumida por la joven nación que practicaba la esclavitud pese a su retórica progresista. Un principio podía permanecer así sin relación alguna con "la vida interior del ser humano" (*CW* 21: 247, *On liberty*). América se alejaba de las naciones *civilizadas* en la medida en que no había suprimido "la ley del más fuerte" (*Negro Question*, *CW* 21: 87).

## II. 2. MARX Y LOS INICIOS DE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN AMÉRICA.

Karl Marx, por su parte, y aunque esto sea menos conocido, también tuvo tempranamente sumo interés en la especificidad americana. Tal extremo no podía ser extraño si consideramos los numerosos traba-

jadores e incluso activistas que optaron por probar fortuna en aquel continente, llevando consigo muchas de sus ideas, actitudes y fórmulas organizativas, así como sus proyectos utópicos o sus luchas laborales o políticas. Fourieristas, owenistas y cartistas llegarían a Norteamérica con numerosas esperanzas e ilusiones que habrían sido rechazadas antes y de una u otra forma por los Estados europeos. Es más, la represión que siguió al fenómeno revolucionario de 1848 implicó la partida de numerosos perseguidos políticos que elegirían exiliarse ante la amenaza punitiva de diversos gobiernos, siendo los procedentes de Alemania algunos de los más destacados (Blackburn 2011, 102).

Así que puede afirmarse que Marx ya se sintió atraído por América en 1843, después de que el diario que dirigía, la *Gaceta Renana*, fuera cerrado por las autoridades de Prusia, comenzando a leer entonces Historia de aquel país, y quedando muy influido por dos obras, una de las cuales fue la ya citada *Marie ou l'esclavage* de Beaumont (Weiner 1980, 479) y la otra *Man and Manners in America* (1833), de Thomas Hamilton (idem), sin dejar tampoco de leer la *Democracia en América* (Feuer 1963, 57), e informándose a través de correspondencia y periódicos de varias lenguas acerca del país (Runkle 1964, 117 y 118).

*Man and Manners* había sido escrita por un oficial de la Corona británica nacido en 1789 (Feuer 1963, 59) y contó con traducciones a varios idiomas y una gran popularidad (ibídem, 57). Curiosamente lo más atrayente de su narración sobre el viaje que le había conducido a América en 1830 es el hecho de que, aun desde una aproximación *tory* (ibídem, 60 y 61), Hamilton haría hincapie en las desigualdades existentes allí (ibídem, 58), algo que seguro que llamó rápidamente la atención de Karl Marx y que contradecía el retrato de Tocqueville. Es más, en su obra describió la organización, propaganda e incluso la reivindicación de una ley agraria por el *Workingmen's Party* de New York, que sostenía asimismo la "igualación de la propiedad" (ibídem, 60). Hamilton añadía que la existencia de tierras aún desocupadas al Oeste detendría de momento cualquier tipo de estallido social fuerte, pero que cuando desapareciera esta posibilidad el problema se agravaría (idem). Tal apunte fue luego el núcleo de las preocupaciones que tuvo Marx para encajar su perspectiva en América: de nuevo otra peculiaridad, esta vez, económica, que parecía impedir por un largo tiempo, aunque no eternamente, que cualquier movimiento revolucionario pudiera prosperar en América. De hecho fue lo que le daría

quebraderos de cabeza durante sus primeros contactos con activistas germanos que habían emigrado a Estados Unidos y que se unían a plataformas reivindicativas allí preexistentes.

Así, y aun cuando Marx simpatizaba con la *National Reform Association* del painita George Henry Evans ("reconocemos totalmente su justificación histórica", Padover 1972, 3<sup>6</sup>), tuvo mucho empeño en aclarar en la misma circular en que declaraba esto junto con Friedrich Engels en 1846 que su plan de una *Homestead Act* tenía dos puntos débiles, a saber: que ese reparto entre pequeños agricultores de la expansión territorial en algún momento tendría que frenar, ante el incremento de la inmigración, y que la competición conduciría de forma inevitable a una concentración de la propiedad (ibídem, 3-6). En realidad la ausencia provisional de densidad demográfica explicaba otras excepciones a lo que acaecía en Europa, como el hecho de que los salarios fueran más altos en América o de que se incrementara la inversión de capital en tecnología (Weiner 1980, 485<sup>7</sup>). Esto hacía que los Estados Unidos fueran, en el aspecto económico, una de las naciones más avanzadas del capitalismo. Tanto Marx como Engels fueron muy conscientes de que varias diferencias separaban así al nuevo del viejo continente: el segundo llegaría a decir que América era "rica, vasta, expansiva, con instituciones burguesas en estado puro, desembarazada de residuos feudales o tradiciones monárquicas y sin un proletariado permanente o hereditario" (Morais 1948, 5<sup>8</sup>). El Estado era allí el ejemplo más perfecto de lo que sería uno de carácter moderno, puesto que su función de proteger la propiedad privada era prístina y sin aditamentos arcaicos (Marx 1845-46, 72; y en el mismo sentido, Marx 1857-58, I-25).

Y, sin embargo, una brecha parecía abrirse en aquel paradigma con la cuestión del esclavismo. Marx intuyó algo en un momento tan temprano como diciembre de 1846, al señalar al intelectual ruso Pável Vasilievich Annenkov (1812-1887) que la esclavitud era "una categoría económica de la máxima importancia", ya que sin ella "Norteamérica, el país más progresivo, sería una tierra patriarcal", con lo cual quería destacar que la modernización del país era en realidad

6 "La Economía del Volks-Tribun y su actitud hacia la joven América", en la Circular contra Kriege de Marx y Engels, mayo de 1846.

7 *Neue Rheinische Zeitung* n<sup>o</sup> 4, 1850.

8 Carta de Engels a Florence Kelly Wischnewetsky, 3 de junio de 1886. En el mismo sentido, carta de Marx a Engels, 26 de noviembre de 1868, en Morais 1948, 5.

de manera muy extensa producto de la explotación esclavista. "La *esclavitud directa* [Marx aclara un poco antes que la "*indirecta*" es la del proletariado<sup>9</sup>], es el eje de nuestro industrialismo hoy tanto como la maquinaria, el crédito, etc. Sin esclavitud no hay algodón, sin algodón no puede existir industria moderna. Es la esclavitud la que ha concedido valor a las colonias; son las colonias las que han creado el mercado mundial; es el mercado mundial el que resulta condición necesaria para el empleo de maquinaria industrial a gran escala. Así, antes del tráfico negrero, las colonias suministraban al Viejo mundo sólo unos muy pocos productos y con aquél en cambio toda la faz del orbe mutó perceptiblemente" (Padover 1972, 36<sup>10</sup>).

Es más, Marx pensaba que el plantador del Sur de los Estados Unidos esclavista era un capitalista; así, y aunque de acuerdo con cierto proceso histórico la relación de trabajo asalariado y capital se alzara entre los escombros de la esclavitud y la servidumbre (Marx 1857-58, I-449-50 y 458-475, y Marx 1848, 22), resulta que "el que a los dueños de plantaciones en América no sólo los llamemos ahora capitalistas, sino que lo *sean*, se basa en el hecho de que ellos existen como una anomalía dentro de un mercado mundial basado en el trabajo libre" (Marx 1857-58, I-476)<sup>11</sup>. Tal cosa sucede porque "dentro del sistema burgués de producción" es "posible la esclavitud en tal o cual punto", pero solo "porque no existe en otros puntos, y se presenta como una anomalía frente al sistema burgués mismo" (ibídem, I-425).

Si todas estas aseveraciones eran típico fruto de la dialéctica marxista o si pronto se convertiría en punta de lanza de alguna acción política más profunda, era un asunto que pasaría a ser dilucidado en pocos años. En *Trabajo asalariado y capital*, conjunto de conferencias impartidas en 1847, Marx señaló también que "un esclavo negro era realmente "un hombre de la raza negra", y que "sólo en determinadas condiciones", pasaba a convertirse en esclavo, al igual

9 Marx cita en una de otra de sus obras también, con el fin de ilustrar lo que quiere exponer, al famoso filántropo Robert Owen, que había afirmado en uno de sus escritos que "el gran capitalista se ha alzado ahora a la posición de un arrogante señor que indirectamente dispone a voluntad sobre la salud, vida y muerte de sus esclavos" (Marx 1857-58, II-238).

10 Carta escrita en Bruselas, 28 de diciembre de 1846.

11 En la misma página, Marx asegura que en la Antigüedad no existían propiamente "capitalistas", debido a que tampoco había "trabajo libre" como base del sistema económico. El subrayado es del propio autor.

que "una máquina de hilar algodón" únicamente en determinadas circunstancias pasaba a ser "capital" (Marx 1849, 82). Las relaciones de producción originaban en cada momento histórico formas de explotación distintas (*idem*), y para Marx tanto la esclavitud "directa" como la "indirecta" eran obstáculos para la emancipación humana. Al referirse con el mismo vocablo a los dos sistemas de explotación, se hacía eco así de una terminología empleada a menudo en aquella época por quienes defendían a los trabajadores frente al capital: entonces "esclavitud asalariada" solía servir para poner de relieve la falta de independencia y el rango de coerciones que operaban en el "mercado de trabajo" (Foner 1995, xix).

Así que, puesto todo esto de relieve, y en relación con América, frente a otros socialistas de origen alemán que como el agrarista Hermann Kriege, que se había opuesto a los abolicionistas, o a a Wilhelm Weitling, que se había desinteresado de esta cuestión (Nimtz 2003, 53), Marx pronto optó por apoyar decididamente la abolición de la esclavitud en Estados Unidos. El 6 de julio de 1848, bajo el título de "Correspondencia del *Economist* de Boston", su diario *Neue Rheinische Zeitung* (Nueva Gaceta Renana) criticó cierta convención antiesclavista americana porque sus delegados y portavoces se quejaban de los latifundistas negreros pero no no tomaban medidas encaminadas a abolir su sistema de explotación (Morais 1948, 9). De esta manera, Marx establecería una alianza con otros activistas que, como Joseph Weydemeyer, también dejarían clara su postura sobre el tema. Este último mantenía una amistad personal con él proveniente de un pasado encuentro en Bruselas y fundaría en 1854 la Liga de los Trabajadores. Esta organización se opondría de manera rotunda a la ley Kansas-Nebraska antes citada (Anderson 2010, 84), al calificar a cualquiera que la apoyara como "traidor al pueblo" (Anderson 2010, 84). Este hecho, además, hizo que los comunistas alemanes seguidores de Marx apoyaran al Partido Republicano también creado en aquel año, coincidiendo en su oposición a la expansión del esclavitud en América (Nimtz 2003, 71).

### III. 1. EL PROBLEMA DE LA "ESCLAVOCRACIA"

Los hechos, pues, que desembocaron en la Guerra Civil Americana, son el punto de partida de lo que quiero exponer a continuación. Tras los sucesos acaecidos y mencionados un poco más arriba, algunos de ellos de carácter sumamente grave, la elección presidencial de 1860

implicó la victoria de Lincoln, líder del nuevo partido republicano, y consiguió desatar los miedos de los Estados de mayor vinculación con la esclavitud. Como es de todos sabido, este abogado de Illinois se había hecho célebre por sus debates con el demócrata Douglas en 1858 (Commager y Leuchtenburg, 1987, 335 y 336) y mantenía una férrea oposición a que la institución se propagara a nuevos territorios de la Unión. Esto no significaba, empero, que fuese entonces un abolicionista (Schneider 299), puesto que era más bien partidario de la vieja idea del traslado de los hombres de color a África, en donde podrían fundar colonias (Foner 1995, 267-80). El realidad las filas republicanas de Lincoln se apoyaban principalmente en la *free labor ideology*, pero eso no significaba, como tampoco había sido el caso con los insignes representantes intelectuales que arrancaba de Adam Smith, que fueran antirracistas o decididas a emprender entonces de forma inmediata la abolición de la esclavitud. El partido republicano, es cierto, estaba compuesto por *free-soilers*, es decir partidarios de la distribución de tierras que en su momento había preconizado la *National Reform Association*, antiguos *whigs* que apoyaban el arancel y otras medidas "modernizadoras"<sup>12</sup> y antiesclavistas de diferentes territorios (Commager y Leuchtenburg, 1987, 332). Los primeros, en realidad, y al ser una prolongación de la *free labor ideology*, suministraron los cimientos para atraerse el núcleo duro de las esperanzas y anhelos de miles de norteamericanos, incluyendo numerosos inmigrantes con un gran peso entonces en el país (Blackburn 2011, 113). En su perspectiva la garantía emancipatoria era una redistribución de tierras que resultaba obstaculizada precisamente por la expansión del sistema esclavista. Qué sucedería con los esclavos, si debían ser todos liberados, si deberían marchar fuera del continente o si podrían permanecer finalmente en el país como ciudadanos, era algo muy discutido aun entre los republicanos.

Y sin embargo, la línea de avance resultaba clara, porque el Sur se había mostrado inflexible en sus planteamientos y conseguido que incluso Lincoln, por lo demás moderado en aquel entonces, se hubiera opuesto ya en 1854 a la *Kansas-Nebraska Act* sosteniendo que "la doctrina del autogobierno" era correcta, pero que obviaba el hecho de que un negro era también un hombre, y que por tanto tal doctrina

---

<sup>12</sup> El partido *whig* se había roto en 1853, debido al mayor liberalismo de su ala nortista, y había sido tradicionalmente la oposición al partido demócrata (Adams 1979, 89).

de la soberanía popular no era aplicable al caso (ibídem, 108). Desde luego, declaraciones como ésta y en general el paquete de medidas que proponía el partido republicano serían rechazados por los Estados del Sur, como pudo comprobarse con la violencia ejercida en Kansas, y que habría obligado también a Lincoln a afirmar en una de sus discusiones con Douglas de 1858 que "este gobierno no puede seguir por siempre mitad esclavista y mitad libre" (Commager y Leuchtenburg, 1987, 335). Algo parecía presagiar que la balanza podría inclinarse muy pronto, pues, hacia esa segunda "mitad" y Abraham Lincoln ganaría así las elecciones de 1858 con aquel programa de reparto de tierras en el Oeste típico del *free-soilism*, aranceles que protegieran al industria del Norte y la prohibición de introducir la esclavitud en nuevos territorios (Adams 1979, 91). Los secesionistas fueron escindiéndose de la Unión seguidamente con varias resoluciones; en diciembre de 1861 lo haría Carolina del Sur, seguida de Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Louisiana y Texas, Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte, viniendo así a formar una Confederación (Padover 1972, xxxiii y xxxiv).

Hasta ese momento, sin embargo, la fórmula de Lincoln, que intentaba aglutinar a las fuerzas suficientes alrededor suyo, pero que aún así no llegaría a obtener los votos de ningún estado del Sur (ibídem, xxxiii), había sido "deliberadamente ambigua", porque, "si la esclavitud era una ofensa moral, entonces debería haber dicho que la esclavitud era 'injusta y debería ser abolida'" (Blackburn 2011, 109). La declaración secesionista señaló que el delicado equilibrio que mantenía en pie la Unión parecía tambalearse definitivamente por la enconada oposición de lo que venía denominándose "Poder Esclavista" y obligaría a tomar decisiones más radicales para el futuro. Si la imagen de aquella amenaza sureña y de su "conspiración" (*Contest in America, CW 21: 127*) tenía solidez suficiente como para reagrupar las filas antiesclavistas en un campo amplio, quedaría demostrado que la contienda no era la guerra entre dos naciones, sino un conflicto gestado por determinada oligarquía que había querido mantener en sus manos el gobierno de los Estados Unidos.

### III. 1. 1. JOHN ELLIOT CAIRNES, STUART MILL Y EL *SLAVE POWER*

John Stuart Mill tuvo precisamente una clara aproximación a este tal enfoque ya desde los primeros meses de la contienda. En el verano de 1861, un economista irlandés admirador suyo, John Elliot Cair-

nes, le había remitido el manuscrito de un curso de lecturas sobre la esclavitud expuestas en el Trinity College en primavera de aquel año (Varouxakis 2013, 731). Mill animó a Cairnes a que publicara sus papeles en forma de libro o panfleto (*CW* 15: 739<sup>13</sup>), cosa a la que éste accedió gustoso, no sin antes rogarle que le permitiera mencionar su apoyo en la publicación al principio del texto (Varouxakis 2013, 732). El volumen acabaría denominándose *The Slave Power: Its Character, Career and Probable Designs* (1862). Su autor quiso con él demostrar que en el Sur una auténtica esclavocracia de carácter antidemocrático y reaccionario había impedido el progreso de los Estados Unidos, frenando cualquier posibilidad de cambio: “el poder esclavista constituye el antagonismo más formidable para el progreso civilizado que ha surgido durante muchos siglos, representando un sistema social a la vez retrógrado y agresivo, una estructura que, no conteniendo semillas de las que pueda emanar progreso alguno, gravita inevitablemente hacia la *barbarie*, al tiempo que se ve impedida por varias exigencias, inherentes a su posición y circunstancias, a una constante extensión de su dominio territorial” (Cairnes 2004, 18). De hecho, el poder esclavista acariciaba “el sueño de un imperio (...) ‘extendido desde el hogar de Washington hasta los palacios de Moctezuma’” (Cairnes 2004, xiii<sup>14</sup>). La doctrina de los derechos de los Estados, esgrimida por hombres como Calhoun (Wilson 2002, 207-14), expresaría en realidad políticamente la protección a la esclavitud y el tráfico negrero (Cairnes 2004, xiv). El sistema sería, de esta forma, insaciable y de carácter despótico, puesto que ya “antes de que la guerra estallara, es de todos conocido que algo parecido a un reino de terror prevalecía en el Sur” (Cairnes 2004, 29). Su insaciabilidad habría impedido, incluso, que tierras fértiles como las existentes al oeste y al sur de Hudson fructificaran, porque la esclavitud introducida allí de forma extensiva no había sido capaz de mantenerse por sí misma (ibídem, 43). Esta incapacidad para desarrollar crecimiento podía detectarse más fácilmente “si reflexionamos sobre las respectivas ventajas vinculadas a la esclavitud y al trabajo libre, como instrumentos productivos, en conexión con las condiciones externas bajo las cuales estas formas de industria vinieron a competir en Norteamérica” (idem). Al hacer esto, Cairnes advierte “que quien emplea esclavos tiene poder absoluto sobre ellos y disfruta así de

---

13 Carta de 18 de agosto de 1861.

14 Prefacio a la edición de 1875, y contenido en la publicación consultada.

todo el producto de sus esfuerzos" (idem), pudiendo organizar tal labor "en una escala extensiva y dirigida por una mente gobernante y dirigida a un solo fin", así como gastar sólo "lo necesario para mantener al esclavo saludable y fuerte" (Cairnes 2004, 44), pero que, por contra, los defectos de ese régimen "son muy serios", ya que en él, el trabajo se concede "de manera renuente, no es cualificado y carece de versatilidad" (idem). Depende sobre todo de la vigilancia del propietario, determinando así la distribución de grupos en el terreno y su concentración (Cairnes 2004, 44 y 45) y se basa en el miedo que hace que el esclavo "oculte sus capacidades", por no tener incentivo ninguno para trabajar (ibídem, 45).

Es más, "el beneficio que ha sido atribuido a la esclavitud no implica que el sistema se halle encaminado a los intereses (excepto en el sentido más restrictivo del término) de la clase para cuyo específico sustento existe. Puede asumirse que individuos y clases siguen sus propios intereses en concordancia con su gusto y entendimiento; pero lo que sus gustos y entendimiento señalan como su interés variará con su grado de inteligencia y el carácter de su civilización. *Cuando la inteligencia de una clase resulta limitada y su civilización degradada*, la perspectiva que tomará de sus intereses será en consecuencia estrecha y sordida. Se dará importancia indebida y extravagante a meros placeres animales" (ibídem, 66<sup>15</sup>). En consecuencia, "resulta muy posible (...) que la persistencia del sistema a día de hoy se deba menos a ventajas económicas que a *hábitos y gustos que ha engendrado*, y a la *enorme dificultad de deshacerse de ellos*" (ibídem, 68). Es además cierto que el trabajo libre, que se ha extendido mucho a lo largo y ancho del país, pudiera *penetrar* en el Sur, pero esto no resulta posible porque "la esclavitud se halla en posesión del campo y disfruta de todas las ventajas que tal posición confiere en la concurrencia" (idem). "*En la medida en que los propietarios de esclavos tengan a su disposición una extensión ilimitada de suelo fértil adecuada para el producto del esclavo*, pienso que es inútil esperar que la cuestión de la esclavitud encontrará solución en motivos económicos", porque "no es simplemente como instrumento productivo que la esclavitud resulta valorada por sus defensores. Es más bien por sus resultados sociales y políticos -como los medios de sostener una forma de sociedad en la cual los esclavistas son los únicos depo-

15 Subrayado propio, como todos los que vienen a continuación en el texto de Cairnes traducido.

sitarios del prestigio social y del poder político, como 'la piedra de toque' de un edificio del cual ellos son los constructores- que es sistema resulta estimado" (Cairnes 2004, 162). Si se introdujeran nuevos elementos en ese edificio, *como la inmigración de trabajadores*, la ascendencia de los hombres que lo gobiernan tocaría a su fin (ibídem, 162 y 163). Asimismo, Cairnes apuntaba a que el Senado de los Estados Unidos era otro fruto de la maniobra esclavista, puesto que era intención de los propietarios sureños mantener en él al menos el mismo número de estados esclavistas que de estados libres, objetivo hacia el que habrían encaminado toda su política con bastante éxito hasta el momento (ibídem, 201).

Toda esta exposición, que como se ha podido comprobar se correspondía con la plataforma ideológica del Partido Republicano ya comentada arriba, recibió sin duda el beneplácito de Stuart Mill desde el principio del conflicto. En su *Contest in America* (1862), así, llegaría a sostener que

“la esclavitud, bajo las condiciones en que existe en los Estados Unidos, deja exhaustos incluso las benéficas capacidades de la naturaleza. Tan incompatible es con cualquier clase de trabajo cualificado, que origina que todas las fuentes productivas del país resulten concentradas en uno o dos productos, siendo el principal el algodón, que exige, con el fin de cultivarlo y prepararlo para el mercado, poco más que fuerza bruta animal. El cultivo del algodón, en la opinión de observadores competentes, es el único que ampara la esclavitud norteamericana; pero atendido de manera exclusiva, deja exhausto en un corto número de años todos los suelos adecuados y únicamente puede ser conservado con un desplazamiento mayor hacia el oeste (CW 21: 134).”

Para el esclavismo, pues,

“resulta asunto de vida y muerte encontrar nuevos campos para el empleo de la mano de obra esclava. Confíñese a los presentes Estados, y los propietarios de esclavos o bien quedarán arruinados a toda velocidad o tendrán que hallar medios para reformar y renovar sus sistema agrario; lo cual no puede conseguirse sin tratar a los *esclavos como seres humanos* ni sin un empleo extenso de trabajo cualificado, es decir, libre, de manera que desplazará ampliamente al no cualificado y así depreciará el valor del esclavo, de tal forma que al mitigación y final extinción de la esclavitud sería la casi inevitable y probable rápida consecuencia” (CW 21: 134).

Pero es más, en *The Contest of America* Stuart Mill llegó a afirmar que la destrucción del sistema esclavista en *todo el país* podría suponer el resurgimiento moral de los Estados Unidos: así, refiriéndose a lo que él entendía como "el testimonio más valioso al que el público inglés pueda tener acceso", el suscrito por el corresponsal del *Times* en América, Mill señalaba que si estaba en lo cierto al indicar que de no acabar la guerra antes del fin del verano, "tendría que asumir un carácter antiesclavista completo", entonces "el Cielo impida que la contienda finalice antes, con el fin de que debido a su perduración pueda *regenerar* al pueblo americano" (ibídem, 135).

### III. 1. 2. MARX Y LA ESCLAVITUD

Curiosamente, o quizás no tanto considerando sus fuentes inglesas en cuestiones de economía política, Karl Marx partió en su obra de un análisis muy parecido al de Cairnes, y por tanto al de Mill, acerca del sistema productivo en los Estados del Sur de Norteamérica. En primer lugar, compartía, al igual que los citados, que la guerra, en contra de lo que deseaba hacer creer la Confederación, no versaba sobre los aranceles (Padover 1972, 70). En realidad, pues, y de nuevo, el conflicto había sido engendrado principalmente por la disputa sobre la esclavitud. Y es que "aun en Carolina del Sur, donde los esclavos conforman cuatro séptimos de la población, el cultivo del algodón ha sido durante años totalmente estacionario como consecuencia de la extenuación del suelo", y

"por la fuerza de las circunstancias (...) se ha convertido ya en parte en un estado productor de esclavos, dado que ahora los vende a los del extremo Sur y del Sudoeste por cuatro millones anuales. Tan pronto como se alcanza ese punto la adquisición de nuevos territorios se convierte en necesaria, de forma que una sección de los esclavistas quizás disponga de nuevas y fértiles tierras que demanden esclavos y así un nuevo mercado para su reproducción y venta pueda ser creado en la sección dejada a su espalda. No hay duda, por ejemplo, de que sin la adquisición de Louisiana, Missouri, y Arkansas por los Estados Unidos, la esclavitud en Virginia y Maryland habría quedado suprimida hace mucho" (Padover 1972, 75).<sup>16</sup>

Asimismo,

---

<sup>16</sup> *Die Presse*, 25 de octubre de 1861.

“la representación individual de los estados en la Cámara de Representantes del Congreso depende, como de todos es sabido, del número de personas que constituyan sus respectivas poblaciones. Y como la población de los estados libres creció mucho más rápidamente que la de los estados esclavistas, el número de representantes nordistas quedó destinado a superar el del Sur a toda velocidad. En consecuencia, el lugar real del poder político en el Sur resulta transferido paulatinamente al Senado, donde cada estado, sea su población grande o pequeña, cuenta con la representación de dos senadores. Para mantener su influencia en el Senado, y a través de él su hegemonía en los Estados Unidos, el Sur requería por lo tanto una formación continua de nuevos estados esclavistas” (ibídem, 76<sup>17</sup>).

Las coincidencia, pues, de Marx con Cairnes y Mill, resulta muy notable. Sin embargo, en 1861 el trabajo del irlandés aún no había sido divulgado internacionalmente, cosa que solo ocurriría al año siguiente, al igual que con el *Contest in America* del pensador inglés. Esto no obsta para considerar que resulta lógica la aproximación a unas mismas fuentes, ya que, en primer lugar, el funcionamiento del sistema político americano era muy conocido por los intelectuales interesados en la actualidad americana, y, en segundo término, las explicaciones económicas de Cairnes eran comunes a otros estudiosos del momento. Así, el propio Marx demostraba en el último artículo citado que conocía la política expansionista asumida por el Sur en su Congreso secesionista, afirmando asimismo que “John Calhoun, a quien los esclavistas admiran como su político por excelencia, declaró en el Senado en fecha tan temprana como el 19 de febrero de 1847 (...) que la expansión del territorio esclavista era necesaria para preservar este equilibrio entre el Sur y el Norte en el Senado” (Padover 1972, 76<sup>18</sup>). Y en lo referente al otro asunto, aquellos detalles económicos como los de la extenuación el suelo ya se encontraban en otros autores coetáneos y que tanto Cairnes como Marx habrían leído, como el neoyorquino Frederick Law Olmsted (1822-1903)<sup>19</sup>, quien publicaría varios títulos sobre sus viajes al Sur (Engerman y Fogel 1981, 145) y

---

17 Idem.

18 Idem.

19 “Cairnes aceptó como probadas las afirmaciones de Olmsted de que el trabajo blanco y esclavo en el Sur era menos eficiente que el del Norte y que la fertilidad de las tierras trabajadas por los esclavos declinaba rápida y firmemente” (Cairnes 2004, 27: “Introducción” del editor actual)

que también sería citado precisamente por Stuart Mill en *The Contest* (CW 21: 134).

Para Marx, pues, la esclavocracia descansaba sobre una "oligarquía de 300.000 propietarios negreros" frente a "veinte millones de hombres libres en el Norte" (Padover 1972, 78<sup>20</sup>). "La guerra de la Confederación sudista es, en el auténtico sentido de la palabra, una guerra de conquista por la extensión y perpetuación de la esclavitud", (ibídem, 92<sup>21</sup>), puesto que el ataque en realidad ha provenído de ella (ibídem, 75<sup>22</sup>). Pero es más, siendo consecuente con este análisis, "los propios acontecimientos obligan a anunciar la orden decisiva: la *emancipación de los esclavos*" (ibídem, 94<sup>23</sup>). Marx es consciente de que esta opinión está haciéndose cada vez más fuerte en el bando de la Unión y se ampara en las declaraciones, incluso, de diversas personas que antes no se habían considerado abolicionistas (ibídem, 94<sup>24</sup>).

#### IV. PREMISAS Y CONSIDERACIONES TÁCTICAS PARA GANAR UNA GUERRA

Expuesto todo lo anterior, cabe seguir también el discurso de Mill y Marx en torno a la guerra y analizar sus concomitancias y diferencias al respecto. Aun apoyando ambos a la Unión, sus criterios sobre la conducción de la guerra fueron un tanto distintos, así como sus preocupaciones sobre las posibles alianzas que debían estimularse o qué aspectos en cambio convenía abandonar en aras de la victoria. Al mismo tiempo, estas diversas actitudes iban orientadas por su diferente percepción acerca de los agentes, sujetos sociales e incluso líderes militares o políticos que conducirían al mejor escenario posible para la Unión. Por otra parte, sin embargo, ambos favorecían una férrea política de innegociabilidad y sometimiento de los estados sudistas al gobierno del Norte.

##### IV. 1. MILL, LA CONSTITUCIÓN AMERICANA Y LA BATALLA POR LA OPI- NIÓN PÚBLICA INGLESA.

Como ya hemos visto, el compromiso de Mill con la victoria de la Unión fue muy claro desde el principio. En su carta a Cairnes dijo

20 *Die presse*, 25 de octubre de 1861

21 *Die presse*, 7 de noviembre de 1861

22 *Die presse*, 25 de octubre de 1861

23 *Die presse*, 7 de noviembre de 1861.

24 Idem.

que "es mucho más deseable que tal sociedad sea destruida desde su comienzo, antes de que se haya convertido en una peste de tal calibre para el mundo como para exigir y justificar una cruzada general de las naciones civilizadas por su supresión" (CW 15: 752, nov 1861). Pero es que además Mill, y aun coincidiendo con el autor de *Slave Power* en la mayoría de sus juicios ("no creo que exista en el libro una opinión o sentimiento con el cual discrepe sustancialmente", CW 15: 785, carta), difirió de él en cuanto al sopesamiento entre lo *justificable* y lo *conveniente* de la imposición de un gobierno nordista con mandato militar sobre los estados del Sur (Schneider 2007, 294). Cairnes, en efecto, tras una valoración exhaustiva (2004, 299-336) preveía como posibilidad que el Sur pudiera separarse del Norte y con frontera en el Mississippi, de modo que luego el oprobioso sistema feneciese de muerte natural (ibídem, 336 y 337) y así no se pusieran en peligro las propias instituciones democráticas del Norte por efecto de un nuevo despotismo militar de los vencedores (ibídem, 322). John Stuart Mill en cambio opinó en su comentario al *Slave Power* que ese extremo no le preocupaba, puesto que además los rebeldes no podían esperar mantener algún derecho, debido a su ruptura con la Constitución. La solución a continuación podría acaecer si se pasaba a una emancipación inmediata, con compensación económica solo para aquellos propietarios que hubieran permanecido fieles al gobierno federal o bien que dentro de un plazo fijado le hubieran prometido lealtad (CW 21: 163). Había que convertir todo el territorio al oeste del Mississippi también en suelo libre, sin excepción (ibídem, 164). Para ello, y en esto Mill concidía con Lincoln, no era necesaria ruptura constitucional alguna, al contrario de lo que sostenían determinados abolicionistas: "hay personas que hablan como si apoyar a la Constitución actual fuera sinónimo de abandonar la emancipación y 'conceder garantías a la esclavitud'. Pero no sucede así. La Constitución no prohíbe otra cosa más que la interferencia legislativa del Congreso en los Estados" y resulta que "tal legislación (...) no es la única, ni la mejor, ni la más efectiva manera de extinguir la esclavitud" (ibídem, 161). Así, cabía la posibilidad de que el gobierno adoptara medidas federales, de modo que la acción del ejecutivo pudiera implementar gran parte del programa radical (Foner 1995, 314) sin entorpecimiento del Congreso. Mill, en consecuencia, defiende la solución de transición mencionada de compensaciones para los expropiados, como había ocurrido en el distrito de Columbia (132, 162), principalmente para no enajenarse momentá-

neamente el compromiso de ciertos estados fronterizos con los secesionistas (ibídem, 162) y que habían optado en última instancia por no separarse de la Unión pese a ser esclavistas (Maryland, Kentucky, Delaware y Missouri; Padover 1972, xxxv). Tras el proceso emancipatorio correspondiente, así, los Estados rebeldes podrían volver a su vieja posición en la Unión (*Contest, CW* 21: 163). Mill intentaba demostrar que el partido republicano permanecía "junto a la ley y la Constitución existentes" (ibídem, 132).

El objetivo de los escritos de Mill durante la contienda, con todo ello, fue especialmente el de evitar que Inglaterra entrara en conflicto con la Unión y no el de que participara contra el Sur, pues resultaba claro que esta última opción no era en absoluto realista, dada la propia posición del gabinete británico, que previó, no ya sólo reconocer a la Confederación como estado beligerante, cosa que hizo en mayo de 1861 (Padover 1972, xxxv), sino que incluso llegó a barajar intervenir militarmente para separar a ambos contendientes y reconocer la independencia del Sur en al menos dos ocasiones durante el conflicto (Varouxakis 2014, 753 y Kinser 2011, 154). Las clases gobernantes del país europeo y de otros de su entorno simpatizaban con la Confederación y a nadie se le escapaba que el algodón sureño abastecía a gran parte de las industrias de tales naciones (Commager y Leuchtenburg, 1987, 371) y que diarios muy importantes reforzaban aquella tendencia abiertamente (Varouxakis 2014, 734, y Padover 1972, 138-41), aunque Mill se refiriera benévola y sólo a la ignorancia "del público compartida por el Primer Ministro" (*Contest, CW* 21: 159). En *The Contest* se felicitaba así, tras una de aquellas situaciones de crisis, de que "el temor a esa contienda no se hubiera materializado, porque de lo contrario, "las únicas dos potencias de primera fila que son asimismo naciones libres se hubieran destrozado en jirones por un motivo injustificable" (ibídem, 127). Pero su toma de partido a favor de la victoria completa del Norte era clara; en caso de que no la obtuviera, Inglaterra "estaría en guerra con la nueva Confederación en cinco años por causa del tráfico de esclavos africanos" (ibídem, 141).

#### IV.2. MARX Y LA GUERRA "POPULAR"

Karl Marx, por su parte, tampoco se planteó en ningún momento que Inglaterra pudiese entrar en guerra a favor de la Unión. Dado el peso económico de la industria algodonera en el país Marx no se ha-

cía ilusiones al respecto, aunque percibiera que la burguesía inglesa estaba intentando sustituir la importación de los estados sureños por la de origen indio, no sin grandes dificultades (Padover 1972, 62-65 y 81). Era claro, pues, que el bloqueo del gobierno Lincoln a los puertos del Sur perjudicaba de alguna manera los intereses económicos del Reino Unido. Asimismo, el Primer ministro Lord Palmerston y los periódicos que Marx percibía como sus portavoces, el *Times* y el *Economist* (ibídem, 68), tampoco eran partidarios de ningún movimiento para apoyar al Norte, y de hecho el segundo de ellos ya había mostrado su disconformidad con el arancel proteccionista de la Unión aprobado una vez comenzada la guerra (ibídem, 70). El gobierno británico en ese momento gustaba de presentarse como campeón del libre mercado (ibídem, 69), en realidad bajo los intereses de su industria, y situándose enfrente de los partidarios de la Unión.

Todo esto suponía dejar abiertas algunas incógnitas sobre el futuro papel británico en el conflicto (ibídem, 82). El 8 de noviembre de 1861 la flota del Norte capturó el buque correo británico *Trent*, que llevaba consigo a dos diplomáticos de la Confederación decididos a entrevistarse con las autoridades de varios países europeos y ganar así apoyo a la causa del Sur. El gabinete inglés protestó contra esta conducta y la tensión subsiguiente hizo que el gobierno de Su Majestad se aproximara a toda velocidad a un enfrentamiento con la Unión (Commager y Leuchtenburg 1987, 373). Una gran parte de los periódicos británicos apoyó esta posición y Marx sostuvo la opuesta a entrar en la guerra, que contaba con fuerte respaldo popular (Padover 1972, 138-141<sup>25</sup>). Así, en su artículo para *Die Presse* de 5 de enero de 1862 divulgó la celebración de mítines antibelicistas (ibídem, 144) y reprodujo uno celebrado en Brighton recientemente y que entendía partía de "la clase trabajadora". En aquella reunión uno de los oradores habría dicho: "apelo a los trabajadores de Inglaterra, que tienen el mayor interés en la preservación de la paz, con el fin de que alcen sus voces y *si es necesario sus manos* con el fin de impedir un crimen tan grande" (ibídem, 145), concluyendo otro de los intervinientes que "la guerra Civil finalizaría con la abolición de la esclavitud y por lo tanto Inglaterra debe permanecer incondicionalmente del lado del Norte" (ibídem, 146).

Acabado el *affaire Trent* y desaparecido el inmediato riesgo de guerra, Marx volvió a señalar: "no debería ser nunca olvidado en los

---

<sup>25</sup> *Die presse*, 31 de diciembre 1861.

Estados Unidos que al menos las clases trabajadoras de Inglaterra, desde el comienzo al fin de las dificultades, nunca les han abandonado" (ibídem, 152<sup>26</sup>). Había quedado, pues, seriamente impresionado por la protesta, que además implicaba un tipo de comportamiento muy generoso por parte de unos trabajadores de otra parte perjudicados por el recorte de salarios debidos a la crisis del algodón (ibídem, 62<sup>27</sup>). Y así lo seguiría subrayando en varias cartas, como la remitida a Ferdinand Lassalle el 28 de abril de 1862 (ibídem, 258): "la clase trabajadora inglesa, que sufre la mayoría la Guerra Civil, nunca ha mostrado ser más heroica y noble". Aún en otra misiva de enero de 1863, Marx vuelve a subrayar las manifestaciones celebradas en diversas ciudades británicas, que habrían continuado sin pausa apoyando a la Unión, como ejemplo frente a los mensajes de la prensa oficial (ibídem, 266<sup>28</sup>)

De esta manera Marx no olvidaba algo que pocos meses antes había manifestado en otra publicación, a saber, que "el verdadero pueblo de Inglaterra, Francia, Alemania, Europa, considera la causa de los Estados Unidos como la suya propia, como la de la libertad, y que, a pesar de toda la mercenaria sofistería consideran el suelo de los Estados Unidos como el suelo libre de los desposeídos millones de habitantes europeos, como su tierra de promesa, que ahora debe ser defendida con la espada en la mano, de la siniestra tenaza esclavista" (ibídem, 85<sup>29</sup>)

¿Cuál era, por otra parte, la posición de Marx ante posturas "constitucionalistas" como la de Mill, que ya hemos advertido? Marx estuvo desde el primer momento del conflicto pidiendo una declaración de emancipación inmediata de todos los esclavos, y sólo menciona las indemnizaciones a sus propietarios como una expectativa de algunos de ellos con el fin de evidenciar la venalidad de los Estados dubitativos (ibídem, 94<sup>30</sup> y 225<sup>31</sup>). De hecho llegó a apoyar nítidamente a los generales que habían tomado por su cuenta aquella medida en su avance militar, como John Charles Frémont tan pronto como en agosto de 1861 (ibídem, 109<sup>32</sup>) o David Hunter en mayo de 1862 (ibi-

26 *New York Daily Tribune*, 1 de febrero de 1862.

27 *New York Daily Tribune*, 14 de octubre de 1861.

28 Carta a Engels.

29 *New York Daily Tribune*, 7 de noviembre de 1861.

30 *Die presse*, 7 de noviembre de 1861.

31 *Die presse*, 10 de noviembre de 1862.

32 *Die presse*, 26 de noviembre de 1861.

dem, 216<sup>33</sup>), pese a las órdenes presidenciales en contra, u otros que demandaban medidas similares, al modo de los coroneles Cochrane o Jennison (ibídem, 133 y 134<sup>34</sup>). De alguna forma, mientras que Stuart Mill entendía que conservar la estabilidad constitucional era positivo y alababa al gobierno del presidente norteamericano por haberlo entendido también así, para el alemán, en cambio, tal intento era simplemente una constricción que cerraba el paso a la definitiva victoria nordista y la liquidación de la esclavocracia. Marx juzgó que la cautelas de Lincoln respecto a una emancipación total eran inadecuadas ("está equivocado si cree que los esclavistas 'leales' pueden ser conducidos por discursos bienintencionados y argumentos racionales", ibídem, 211<sup>35</sup>). Para Marx era necesario abandonar la senda "constitucional" y su presunta cobertura legal y debía entrarse en otra fase: en agosto de 1862, escribía que "Nueva Inglaterra y el Noroeste, que han suministrado el principal grueso de las tropas, están determinadas a forzar al gobierno a una guerra *revolucionaria* y a inscribir en la bandera de las barras y estrellas la consigna 'Abolición de la Esclavitud'" (idem).

Este camino incluía para Marx, en primer término, el programa del *free-soilism*, puesto que le parecía de carácter popular, pese a la crítica que siempre le había merecido. De hecho durante el conflicto expresaría su simpatía con por la *Homestead Act* aprobada en mayo de 1862, esa ley que "las masas del Noroeste habían vanamente solicitado durante tanto tiempo" (Padover 1972, 212<sup>36</sup>). Y en segunda instancia, la emancipación de los esclavos debía realizarse de forma efectiva y consiguiendo así engrosar las milicias de la Unión, desmoralizando a los esclavistas y sirviendo como tropas fuertemente motivadas (ibídem, 133<sup>37</sup>). Para hacer todo esto Marx no confiaba en que fuera útil en absoluto el marco constitucional previo.

## V. CONCLUSIONES

Como se ha podido comprobar, pues, Karl Marx y Stuart Mill mantuvieron numerosos puntos de coincidencia en su apoyo a al Unión durante la Guerra de Secesión americana, pero sus preocupaciones

33 *Die presse*, 30 de agosto de 1862.

34 *Die presse*, 14 de diciembre de 1861.

35 *Die presse*, 9 de agosto de 1862.

36 Idem.

37 *Die presse*, 14 de diciembre de 1861.

de fondo eran distintas y el resultado que esperaban tras finalizar el conflicto también.

Así, Stuart Mill se hallaba especialmente interesado en la regeneración moral de América, la cual entendía como una de las naciones más civilizadas del planeta, capaz de acoger un gobierno popular que no sufriera los males del despotismo previsto por Tocqueville y que sirviera además como ejemplo para otros. Ese país configuraba, asimismo, una unidad orgánica y su escisión resultaba imposible; a causa de su inclusión de dos sistemas económicos, políticos y sociales tan distintos, la victoria de uno implicaría automáticamente la derrota del otro. Tal perspectiva era de una convicción firme, pese a que el inglés buscara también una explicación económica, pero en realidad estuvo combinada con cierto pragmatismo, como el demostrado en su defensa de la constitucionalidad de las medidas tomadas por el gobierno Lincoln. Hay en Stuart Mill una clara preocupación por acomodar medios a fines, muy propia de su utilitarismo, y que le empujaba a no encabezar rupturas con el orden legal, con el fin de unir alrededor de la causa antiesclavista al público inglés, incluyendo aquí también los sectores del mismo que él entendía como más "instruidos". La "opinión pública" era para Mill la llave de la gobernabilidad y los cambios en las sociedades modernas y para él era fundamental atraer a la de su país al apoyo de la Unión, pues en los Estados Unidos adivinaba el futuro más favorable para las naciones que quisieran encumbrarse al grado más alto de "civilización". Mill sostuvo así la neutralidad de Inglaterra, esperando que la superioridad humana, tecnológica y material del Norte otorgara la victoria a la Unión finalmente.

Para el autor inglés, además, la espina dorsal del proyecto de los Estados Unidos una vez terminada la guerra era la de ampliar el reparto del suelo libre gracias a los territorios del oeste, emancipando asimismo a todos los esclavos. De esta manera, el gobierno representativo o popular tendría una oportunidad única para hechar raíces y mantenerse estable merced a la educación de sus ciudadanos. Se trataría así de un despotismo de la mayoría "controlado", bajo un equilibrio novedoso por contrapesar los residuos del poder esclavista con la nueva libertad de los otrora sometidos. De este forma, aquella república "demostraría que aun la democracia ilimitada es una cosa mejor de la que muchos ingleses han tenido últimamente el hábito de considerar, y que prueba en cierto modo que aun las aberraciones de la multitud gobernante resultan sólo fatales cuando los mejor

instruidos no tiene la virtud o el coraje para afrontarlas con audacia" (*Contest, CW 21: 130 y 131*).

Karl Marx, en cambio, entendía la Guerra de Secesión americana no como un mero conflicto civil interno, ni tampoco, al modo de Stuart Mill, uno en el que se ventilara el futuro civilizatorio y moral de un país merced a su regeneración moral, algo que sólo podía recordar a la retórica de la burguesía que en otras obras suyas criticaba. El autor del Manifiesto Comunista, en realidad, vio una oportunidad única en el conflicto para reforzar lo que consideraba toda una oleada revolucionaria. De esta manera, establecía así una conexión entre la derrota de los Estados del Sur y el avance político y social de los trabajadores. En este sentido, Marx advirtió en la guerra causas económicas y materiales del desplazamiento del poder, pero también el conflicto entre dos ideologías incompatibles, la del trabajo libre y la del esclavo. Aun barruntando, además, que el inmediato beneficiario de la victoria nordista sería la burguesía industrial del Norte, se atuvo al objetivo de que esto sucediera con las mejores condiciones para las clases trabajadoras, mediante la inclusión de los esclavos emancipados y haciendo que los trabajadores salieran robustecidos en sus organizaciones y sistemas de lucha, incluida la militar<sup>38</sup>. La conciencia de clase habría obtenido un impulso importante a través del combate contra el esclavismo. Desaparecería la división entre el proletariado industrial del Norte y los blancos depauperados del Sur, así como la de carácter racial y la existente entre inmigrantes y locales, y su acción política emprendería el mismo camino emancipador. Una buena base para ello sería, pese a sus deficiencias, el programa del *free-soilism*, aglutinador de esfuerzos que luego quedaría extinto por las propias leyes de concentración del capitalismo pero que en un principio serviría como cemento de la causa popular. Asimismo, y por último, la victoria de la Unión revigorizaría la solidaridad internacional entre los trabajadores, que habrían luchado en varias partes del mundo por la causa de la república democrática más importante. Si se había podido vencer al esclavismo en cierto momento de la Historia, pese al vigor de sus raíces ¿por qué no podría derrocar el último sistema de dominación en su totalidad? Al fin y al cabo, las plantaciones están destinadas a todo el "mercado" y en ellas sus propietarios son "capitalistas que hacen sus negocios con esclavos negros", de manera que "el modo de producción introducido por ellos

38 Sobre esta última, vid. Keegan 2010, 365.

no nace de la esclavitud, *sino que se injerta en ella*" (Marx 1862-63, II-272).

## BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Willi P. (ed.): *Die Vereinigten Staaten von Amerika*, Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt am Main, 1977; trad. cast. de Máximo Cajal y Pedro Gálvez, por donde se cita, *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, 1979.
- Anderson, Kevin B.: *Marx at the Margins: On Nationalism, Ethnicity, and Non-western Societies*, Chicago, University of Chicago Press, 2010.  
<<http://dx.doi.org/10.7208/chicago/9780226019840.001.0001>>
- Beckert, Sven: "Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War", *American Historical Review*, 109, 5, 2004, pp. 1405-1438.  
<<http://dx.doi.org/10.1086/530931>>
- Blackburn, Robin: "Karl Marx and Abraham Lincoln: A Curious Convergence", *Historical Materialism*, 19, 4, 2011, pp. 99-128.  
<<http://dx.doi.org/10.1163/156920611X592373>>
- Cairnes, J. E.: *Collected Works* (Boylan, Tom, y Foley, Tadhg), London, Routledge, 2004.
- Commager, Henry S., Leuchtenburg, William E., y Morison, Samuel E.: *A Concise History of the American Republic*, Oxford, Oxford University Press, 1983; trad. cast., por donde se cita, de Odón Durán d'Oion, Faustino Ballvé y Juan José Utrilla, *Breve Historia de los Estados Unidos*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Compton, John W.: "The emancipation of the American Mind: J. S. Mill on the Civil War", *Review of Politics*, 70, 2, 2008, pp. 221-244.  
<<http://dx.doi.org/10.1017/S0034670508000314>>
- Davis, Marion B.: *The problem of slavery in the age of revolution, 1770-1823*, Ithaca, Cornell University Press, 1972.
- Esteban, Jorge de (ed.): *Constituciones españoles y extranjeras*, Madrid, Taurus, 1977.
- Feuer, Lewis S.: "The North American Origin of Marx's socialism", *The Western Political Quarterly*, 16, 1, 1963, pp. 53-67.  
<<http://dx.doi.org/10.2307/445958>>

- Engerman, Stanley L., y Fogel, Robert W.: *Time on the cross. The economics of American Negro slavery*, Boston, Little, Brown and Company, 1974; hay trad. cast. de Arturo Roberto Firpo, por donde se cita, *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, 1981.
- Foner, Eric: *Free Soil, Free Labor, Free Men*, New York, Oxford University Press, 1995.
- Keegan, John: *The American Civil War*, London, Vintage, 2010.
- Kincaid, John: "E extinguishing the Twin Relics of Barbaric Multiculturalism -Slavery and Polygamy- From American Federalism", *Publius: The Journal of Federalism*, 33, 1, 2003, pp. 75-92.
- Kinser, Brent E.: *The American Civil War in the Shaping of British Democracy*, Farnham, Ashgate, 2011.
- Marx, Karl: *Die deutsche Ideologie: Kritik der neuesten deutschen Philosophie in ihren Repräsentanten Feuerbach, B. Bauer und Stirner und des deutschen Sozialismus in seinen verschiedenen Propheten* (1845-46, coautoría con F. Engels), Berlin, Dietz Verlag, 1969; hay trad. cast. de Wenceslao Roces, *La ideología alemana: crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*, Barcelona, Grijalbo, 1974.
- Manifest der Kommunistischen Partei* (1848); hay trad. cast., *Manifiesto del Partido Comunista*, en Marx y Engels, *Obras escogidas*, Madrid, Akal, 1975.
- Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie: Rohentwurf* (1857-58), Berlin, Dietz Verlag, 1953; hay trad. cast. y ed. de José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scaron, por donde se cita, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador)*, 3 vols., México D.F., Siglo XXI, 2007 (1ª ed., 1971).
- Theorien Über den Mehrwert (Vierter Band des "Kapital")* (1862-63); hay trad. cast. de Wenceslao Roces, por donde se cita, *Teorías sobre la Plusvalía (tomo cuarto del Capital)*, 2 vols., México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Mill, John S.: *Collected Works*, ed. por John M. Robson, Toronto, University of Toronto Press, 1963-1991.
- Morais, Herbert M.: "Marx and Engels on America", *Science and Society*, 12, 1, 1948, pp. 3-21.
- Nimtz, August H., Jr.: *Marx, Tocqueville and Race in America: The "Absolute Democracy" or "Defiled Republic"*, Lanham, Lexington Books, 2003.

- Padover, Saul K., ed. (1972): *Karl Marx on America and the Civil War (The Karl Marx Library, vol. II)*, New York, McGraw-Hill.
- Runkle, Gerald: "Karl Marx and the American Civil War", *Comparative Studies in Society and History*, 6, 2, 1964, pp. 117-141.  
<<http://dx.doi.org/10.1017/S0010417500002048>>
- Schneider, Thomas E.: "J. S. Mill and Fitzjames Stephen on the American Civil War", *History of Political Thought*, 28, 2, 2007, pp. 290-304.
- Shoul, Bernice: "Similarities in the Work of John Stuart Mill and Karl Marx", *Science and Society*, 29, 3, 1965, pp. 270-295.
- Smith, Adam: *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776); hay trad. cast., por donde se cita, de 1794 y de José Alonso Ortiz, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, 3 vols., Barcelona, Orbis, 1983.
- Stampf, Kenneth M.: "The Concept of Perpetual Union", *The Journal of American History*, 65,1, 1978, pp. 5-33.  
<<http://dx.doi.org/10.2307/1888140>>
- Steinfeld, Robert. J.: "Changing Legal Conceptions of Free Labor", en Engerman, Stanley L. (ed.), *Terms of Labor*, Stanford, Stanford University Press, 1999, pp. 137-167.
- Varouxakis, Georgios: "'Negrophilist Crusader': John Stuart Mill on the American Civil War and Reconstruction", *History of European ideas*, 39, 5, 2013, pp. 729-754.  
<<http://dx.doi.org/10.1080/01916599.2012.740854>>
- Weiner, Robert: "Karl Marx's Vision of America: A Biographical and Bibliographical Sketch", *The Review of Politics*, 42, 4, 1980, pp. 465-503  
<<http://dx.doi.org/10.1017/S003467050003196X>>
- Wilson, James G.: *The Imperial Republic*, Aldershot, Ashgate, 2002.

Ricardo Cueva Fernández  
 Universidad Autónoma de Madrid  
 e-mail: <[ricardo.cueva@uam.es](mailto:ricardo.cueva@uam.es)>